

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

EPICOIDAL—POEMAS—Julio José Fajardo.

Algún tiempo nos acompañó Julio José Fajardo, en la Comisión Nacional de Rehabilitación, un esfuerzo del presidente Lleras Camargo, por rescatar del incendio de la violencia sin nombre, algunos departamentos colombianos. Ingeniero muy respetable, nos decía que gustaba de las manzanas prohibidas de la poesía, con la cual tenía algunas vecindades secretas. Pero que escribía y pensaba en imágenes. Selladas, con algo de taumaturgia, de don profético, amansando las crines de los potros de la épica sin continuar la línea heroica de algunos sonetos de Lugones, Rivera, Rafael Vásquez, Olmedo, Caro y otros varones. Mucho tiempo anduvimos en menesteres oficiales y perdimos de vista al ingeniero Fajardo. Súbitamente, en el momento menos pensado, supimos que había sido glorificado con el premio de poesía "Guillermo Valencia", por su libro de poemas *Epicoidal*.

El poeta laureado se defendió con un prólogo ditirámico de nuestro amigo el escritor Jorge Zalamea. Sin ambages de ninguna clase, Zalamea, con un fervor inusitado en él, sostiene que *Epicoidal* es una especie de furor sacro de Fajardo por América, una luz que rasga verídicamente este universo cosmogónico, el caos original, la perplejidad, la Torre de Babel, ya no de cemento, sino vegetal, en la cual nos hallamos confundidos, revueltos, sin atinar con una salida.

Leímos el libro con aplicación creciente. Sin que nos guiara otro sentimiento diferente al de querer comprender. También fue creciente en nosotros el desapego por esta poesía. No hallamos en ella los deslumbramientos, el grito jubiloso del primer hombre en la mañana del mundo. La sangre y la flor de lo épico, su duro suelo, en el cual la sangre vertida y redimida, nos compensa de las forzadas limitaciones humanas. La diafanidad, no la encontrará el lector en parte alguna. Ignoramos qué causas movieron a Jorge Zalamea a escribir precisamente un concepto tan rotundo como es el de "diafanidad", en estos poemas oscuros, muchos de ellos simples acertijos, vínculos de palabras en cuya malla no tiembla la imagen, el rostro de veinte años de América, aquello que es lenguaje poé-

tico, limo original, creación. Los vocablos son pesados, aceitosos, muchos grises. Algunos totalmente indescifrables. Caprichos del autor que quiere evadirse de la realidad viva de la palabra para crear una suya, propia, pero que carece de respaldo en el lenguaje español que han usado con tanta perfección poetas ya universales.

El despojo significa madurez, equilibrio, ascética razón conceptual. Suprimir adiposidades para que sólo quede el esqueleto metafísico, lo puramente ontológico. Nada de esto encontramos en estos poemas. Todo difuso, confuso, verdadero túnel ciego de palabras. El verdadero poeta es aquel que logra que el mundo sensorial se reduzca a un gajo de brisa, a una clave casi musical. Fajardo no logra ninguna de estas certidumbres. El hombre solo, de verdad, cuando su única compañía es la santa palabra o la muerte, no introduce aquí sus elementos metafísicos. Porque Fajardo no pudo llegar a esa cima yerta del verdadero despojo, que es un escarnecimiento, una agrura, una raya de luz a los pies. Inventar palabras, abroquelarse en neologismos, escurrirse por el escotillón de lo absurdo, es tarea fácil, inclusive ingeniosa. Pero nunca será un verdadero ejercicio poético. Es preciso quemarse hasta los huesos, extenuarse, exprimirse, para dar la palabra exacta que sea algo así como el hilo de sangre que va dejando el verdadero poeta en su búsqueda del universo de la melodía.

Fajardo tiene algunas condiciones de poeta. Pero falla lamentablemente en la función creadora. ¿Son los suyos frutos tempraneros o tardíos? Todo es posible. Pero faltan en su obra aquellos resplandores, ternuras, milicias, desbordamientos o contenciones, que acusan patéticamente la presencia de un auténtico poeta.

El mundo actual es cierto que se ha diversificado. Que son otros los problemas que acongojan al hombre. Y que la misión del poeta es reducir a la ceniza de la palabra, todo ese desbordamiento. Se requiere simplicidad de formas. Un honesto trabajo de soledad, de cercenamiento, de encarnizamiento en la propia tarea. En Fajardo no existe nada de esto. Su epicidad es oscura, sin bordes resplandecientes. Lo épico tiene su cercanía con la espada desnuda, escribió Bergamín. En *Epicoidal*, no encontramos ninguno de los grandes elementos que conforman lo épico. Ni fuerza secreta, ni rumor de la palabra desnuda, ni patetismo, ni ramas de laurel. Todo queda encuevado en palabras sibilinas, ajenas, sin ningún poder creador. Cuando Leopoldo Lugones escribe *La guerra gaucha*, crea palabras, adocctrina, lanza al lector por los insondables y amargos caminos de una épica en la cual crujen los huesos, la soledad pasa raspando como un cáncer, levanta al cielo jirones de púrpura, cada palabra nos trae polen, semilla de pampa, hazaña, creación asombrosa de una sensibilidad disciplinada y tremendamente ejercitada en la milicia literaria. En Fajardo nada de esto es posible. Su libro es, definitivamente, un fruto precozmente aporreado.

Le falta raíces, humor de tierra, levadura auténtica. Poesía que será fácilmente olvidada, porque no resiste el ácido del tiempo, su propia soledad. Amargas tumbas a la orilla del río de la eternidad. Frustraciones

patéticas. Fuegos fatuos y nada más. Muy superior por cierto la poesía de Mario Rivero, cuya autenticidad, cuyo hondo fulgor poético nadie podrá negarle.

El premio de poesía "Guillermo Valencia", parece destinado a correr la misma suerte del Premio Esso. ¿Y nuestros ilustres jurados, qué?

* * *

INDICE GEOBIOGRAFICO DE CUARENTA MIL
POBLADORES ESPAÑOLES DE AMERICA EN EL SI-
GLO XVI—Por Peter Boyd-Bowman—Instituto Caro y
Cuervo—Bogotá—Colombia.

Obra sumamente interesante esta del profesor Boyd-Bowman para esclarecer los orígenes de pobladores, fundadores, marinos, clérigos, albaceas, eruditos, letrados, que vinieron a esta América en el siglo XVI. Porque es preciso saber con exactitud de dónde procedemos, para así explicarnos el carácter, las formas de vida, la manera como tomamos la corriente de los hechos y nuestra propia intimidad como pueblos. Esta meritoria obra, que honra también los trabajos del Instituto Caro y Cuervo, verdadero laboratorio de ideas, es sumamente importante porque trae una visión nueva de la emigración, del éxodo de españoles, portugueses, negros, hacia estas tierras en las cuales el embrujo, el dorado, la milagrería, ejercían su influjo definitivo. De la lectura atenta de esta obra documentada, con numerosísimas fichas de investigación bibliográfica, se desprende el hecho de que la mayoría de los emigrantes venían de Sevilla. Dice el autor: "El primer hecho incontrovertible que quiero asentar es este: aunque cambian las proporciones en los decenios siguientes, en la época primitiva o antillana el grupo más numeroso, en cada año, y en todas las expediciones, fueron con muchos los andaluces, de los cuales más del 78% procedían de las dos provincias de Sevilla (1.259-58% y Huelva (439-20%). En efecto, de las 49 provincias, estas dos por sí solas proporcionaron el 30.9% del número total de colonizadores para la época entera". Agrega el autor: "Sevilla fue el centro del cual partió una corriente continua de hombres, barcos y materiales para la colonización de las islas del Caribe, así como para la exploración de las costas del continente americano.

"Era, además, el lugar de residencia de gran número de banqueros, mercaderes, constructores de naves, cosmólogos, exploradores, marineros y artesanos que, nacidos en otras partes de España y aun en el extranjero, con el tiempo pasaban a las Indias en calidad de "vecinos de Sevilla". En una época en que otras ciudades españolas se caracterizaban por su tranquilidad y su dignidad conservadora, Sevilla era una flamante metrópoli cosmopolita, llena de bullicio y de color: una puerta abierta para todas las noticias e influencias venidas del extranjero. En sus calles se rozaban banqueros y mercaderes genoveses, venecianos y florentinos,

marineros sicilianos y griegos, pilotos vizcaínos, griegos y portugueses, gitanos, mulatos, esclavos negros e indios, y soldados aventureros de todos los rincones de España”.

Por tanto, Andalucía tiene mucho que ver con esta América nuestra. Con el genio alegre de algunas regiones de América. Acaso con la bulliosa nota de color de las gentes que habitan las costas del país. Porque en estas altiplanicies, secas, duras, de vientos cortantes, el denominador común lo constituye la melancolía, la introversión, los tonos fúnebres, los grises y sombríos, los negros y butaminosos.

Un dato muy importante que trae el autor es el de que la casi totalidad de los funcionarios (o sea la burocracia, las borlas jurídicas, las abogacías, el covachuelismo) son oriundos de Castilla, La Vieja. Por tanto, la nota cromática, el bullicio, la alegría, son andaluzas, y, nuestra afición a la letra muerta, al código, a la marrullería del inciso, nos viene de Castilla, la cenobiarca, ocre, sayal penitente.

Libro verdaderamente repleto de sorpresas este que recomendamos, como decíamos al principio, a quienes se preocupen por sus propios orígenes como raza, porfía, propia idiosincracia. Algo muy importante para una persona culta.

* * *

FRONTERA LIRICA—POEMAS—Teodoro Gutiérrez
Calderón—Agora—Madrid.

Nos envía Teodoro Gutiérrez Calderón este resplandeciente libro de poemas. Poeta de tonos diversos, de matices suaves, de pinceladas de acuarela, en sus versos se hace patente una forma diluída en acantilados de bruma. Pero siempre melódica, contrapunto del paisaje. Gutiérrez Calderón ha viajado por varios continentes de la cultura. Pero su mensaje es propio, tenazmente personal, rico de la propia sangre del poeta. Agonías, amores, rosas, memorias, espuma, todo ello quedó aprisionado en esta fina red cuya transparencia deslumbrante le otorga una dimensión de alta calidad estética.

Gutiérrez Calderón escribió poemas que no son fugacidad evanescente, aéreo motivo, ocio literario. Sino que son algo de sí mismo, de su manera de ver el mundo, de los valores intelectuales y lo que ellos dejaron como sedimento y nostalgia. Fue llamado neo-romántico y es posible que tal concepto sea el más cercano a sus acantilados líricos. Resplandores de Luis G. Urbina, Ricardo Nieto, Eduardo Castillo, Carlos Villafañe, González Martínez. Ese romanticismo de tan fina calidad y transparencia. Escuela rica en sugerencias de otros líridas, de tiempos y estaciones del alma, sin raíz en lo verdadero de un hombre. Pero siempre importante, porque el verdedaro clásico tiene algo de romántico. No se pueden desligar estos dos conceptos. La estirpe lírica de que habla el prologuista Burelli Rivas, resonancia de lo patético, congojoso y lloroso, que devoró literalmente a los neo-románticos, dejando un sabor de lágrimas y

ceniza en sus poemas. Por eso Burelli Rivas escribe: "Gutiérrez Calderón es un poeta genuino, rico de ingenio y dueño de un lenguaje inconfundible. Su cultura poética, su dominio del idioma y de sus claves musicales, permítenle realizar singulares juegos de rima interna, gratos a Garcilaso". Poesía de calidad. Noble y altanera como el halcón. Desterrada de esta época de los viajes espaciales, los robots, el cientifismo bárbaro. Pero que prevalece en aquellos solitarios jardines en los cuales aún Pierrot llora por Colombina.

* * *

HISTORIA EXTENSA DE COLOMBIA— Tomo I—
Ediciones Lerner—Bogotá—Colombia.

La *Historia extensa de Colombia* viene a colmar un vacío en nuestro mundo cultural. No podemos aún dar un concepto global de dicha obra, por cuanto apenas ahora empieza a circular. Se trata de un trabajo que posiblemente no llegará nunca al pueblo colombiano, porque éste no se encuentra en condiciones de adquirir los volúmenes de la serie. El hombre-masa continuará olvidando la formación orgánica de su patria, pues, trabajos de esta naturaleza, pueden adquirirlas únicamente quienes estén en condiciones económicas de hacerlo. Y los tales, muchas veces los adquieren como un adorno para sus bibliotecas, sin penetrar en este mensaje formativo y cuya importancia no se podría desconocer. La *Historia extensa de Colombia*, auspiciada por la Academia de Historia, es posible que no cumpla en su totalidad la tarea que se propuso el sumo cuerpo intelectual que ha querido honrar los rumbos de nuestra vida como pueblo. Pues, la docta academia, aún no ha respondido a los cargos que le han hecho a los próceres de la independencia y, en general, al proceso histórico de Colombia, escritores como Arturo Abella Rodríguez y Liévano Aguirre. Precisamente lo que se requiere en esta hora del mundo, son libros pequeños, que contengan el pensamiento histórico, la verdad de la organización de la patria, la justa biografía de sus héroes, todo ello al alcance del pueblo. Y esta tarea de divulgación debiera encararla la Academia de Historia antes de que las tesis, sofismas, maquiavelismos de estos escritores lleguen a destruir en la sociedad colombiana el culto a sus héroes y se desvirtúe completamente la hazaña de la independencia.

Nada de esto se logra con estos trabajos intensos y extensos que, como decíamos, jamás conocerá el hombre de la calle, aquel a quien es necesario orientar en este mundo perplejo. La cultura para minorías es hoy algo desueto, sin ninguna finalidad. Si queremos un propósito nacional, debemos empezar por adoctrinar a los colombianos y alumbrarles la ruta de su historia y la faena creadora de quienes han construido la nacionalidad. El libro fácil de llevar, confidente, manual, obvio, sería algo fundamental en tan importante trabajo de divulgación. La Academia de Historia tiene, en consecuencia, un campo ilimitado para este fervor de quienes consideramos que lo popular, aquello que las gentes pueden ver, tocar, amar, es mucho más importante que aquello recluso en bibliotecas y en lugares inaccesibles para el común de nuestros conciudadanos.

Este primer volumen de la *Historia extensa de Colombia* fue confiado al doctor Luis Duque Gómez. Podemos decir que en buena hora. Porque Duque Gómez es un estudioso de la historia colombiana, particularmente de sus orígenes. A ellos ha consagrado toda una vida de curiosidad, riesgo, aventura de la inteligencia. Con criterio científico, honesto, sin dejarse conducir únicamente por imaginaciones o mañosas interpretaciones de escritores, etnólogos, antropólogos, sociólogos, que han tratado de encontrar nuestro ser original, la raíz de razas aventadas por la conquista española, pero que dejaron una huella, pudiéramos decir una constancia de su acontecer histórico-cultural. Es claro que a esta hora de nuestra vida, ya no es posible traernos evidencias, sino resonancias. En torno del tema precolombino se hacen toda clase de conjeturas y los hombres de ciencia especulan indefinidamente. Lo socio-económico abarca territorios muy bastos. Pero el remoto pasado se presta para especulaciones, figuraciones, tesis opuestas. Por tanto, el trabajo del profesor Duque Gómez tiene el gran mérito de aclarar muchos enigmas, sin hurtarle el cuerpo a las responsabilidades que atañen a su meritorio trabajo contenido en este primer volumen de la *Historia extensa de Colombia*. La historia del indio colombiano, sus costumbres, sus dolores y agonías, su paso por un mundo cosmogónicamente alucinante, sus proyecciones y signos culturales y humanos, quedan muy bien relatados por el ilustre antropólogo colombiano, quien, además, maneja una prosa clara, robusta, de numerosas excelencias estilísticas.

Este estudio de lo precolombino, americano y particularmente colombiano, constituye un aporte muy valioso a una tarea de hallazgo del pasado y merece nuestro aplauso sin reservas. Oportunamente comentaremos los otros volúmenes de esta obra gigantesca, trabajo que no se había acometido anteriormente en Colombia y que requiere muchas condiciones y calidades de parte de sus autores para ser, en verdad, una obra meritoria.

* * *

RAICES SILENCIOSAS—POEMAS—Por Rafael María Rosales—Colección “Manuel Felipe Rugeles”—San Cristóbal—Venezuela.

Rafael María Rosales, el escritor tachirenses con quien compartimos en San Cristóbal (Venezuela), el pan de la más pura amistad, viene trabajando silenciosa e infatigablemente en las letras. Mediante su dedicación y recreación, verdaderamente auténtica. El Táchira ha recobrado nombres y valores que yacían en el más patético olvido. Obras como *La ciudad pentálida* (1944), *Reyes Vargas, paladín del procerato mestizo* (1950), *Rubio, la ciudad del pueblo* (1957), *Bajo el alegre cielo* (1961), *Estampas de La Villa, la ciudad iluminada* (1966) y otras, ponen de presente la infatigable tarea de Rosales por reencontrar los perfiles de su tierra natal y, en general, de Venezuela.

Ahora nos regala con su libro de poemas *Raíces silenciosas*, en el cual canta sentimientos de noble razón espiritual. Se trata de una poesía modernista, pero en la cual el elemento romántico se diluye mansamente, estrella que rueda hacia otros mundos. Temas esenciales, teñidos de la

propia levadura de nuestros sueños. Imágenes brillantes, que fosforecen con luz propia. Fino trabajo de la materia poética, cuya verdad nos trasciende y alumbra. Naturalmente que esta poesía es para gentes que aún guarden algunos tesoros ocultos de sensibilidad, ternura íntima, razones de aquellas que unen el mundo sensorial con lo impalpable de la música. Que, para quienes andan a caza de novelorías, abstraccionismos, contorsiones y piruetas, nada les dice este poemario que, en verdad, tiene raíces en el hombre y alza su forma de árbol en la llanura, en nuestro propio corazón. Hermosos poemas en verdad y que agregan nuevos méritos a la obra siempre ascendente del escritor venezolano.

* * *

JAUJA ANTIGUA—Por Clodoaldo Alberto Espinosa
Bravo—Lima—Perú.

He aquí un libro de un erudito en toda la acepción de la palabra. Fajo de documentos, impresionante acopio de datos, documentos, citas, nombres. Todo ello tedioso, sin sangre del espíritu. Narraciones que no se pueden seguir en toda su vasta extensión de desierto sin límites. Hoy es preciso escribir tratando de interpretar hechos, circunstancias, nombres, acontecimientos. Dejándolos fluír y buscando su resonancia de campana. Nadie puede negar que el autor Espinosa Bravo conoce muy a fondo los temas que trata. Su acopio documental es sencillamente atroz... Documentación gigantesca si las hay. Relato cansino. Un rostro del Perú desdibujado entre tantas montañas de erudición. Parece increíble que aún se presenten libros sin una conducción intelectual viva, dinámica, creadora. Este libro sirve precisamente como una guía para quienes necesiten un dato, un nombre, un hecho. Lo mismo que se ojea una guía telefónica o un mamotreto que contiene el presupuesto nacional.

¿Mérito? Naturalmente. El acopio de tantos datos exige una paciencia enorme, una cita con el tiempo en la cual este sale derrotado por la obstinada paciencia del rebuscador de documentación. Fichero monumental que merece respeto. Pero como obra sociológica, literaria, recreativa, nada! Y es una verdadera lástima que el autor no ensaye hallar un rastro, una línea humana, un sentido ambiental de relatos escasos de interés como riesgo y caza literaria.

* * *

CARO EN ROMA—Instituto Caro y Cuervo.

Siempre será oportuno volver los ojos hacia don Miguel Antonio Caro. Releer su prosa robusta, de una fuerza dialéctica extraordinaria, clásica en el mejor sentido del vocablo. Un colombiano ilustre, par de los más grandes ingenios del pensamiento americano. Por esta razón agradecemos al Instituto Caro y Cuervo el envío de este texto en el cual se enaltece la colocación de un retrato de don Miguel Antonio Caro, en Roma, en el

Palacio Anticit-Mattei, centro de estudios americanos en Roma, la eterna. Pero nada mejor que transcribir apartes de un ensayo del insigne humanista doctor José Manuel Rivas Sacconi, sobre la personalidad polifacética del gran colombiano:

“Por su varia y vasta labor, Caro es el más alto exponente del humanismo colombiano, al propio tiempo que la más destacada manifestación de la inteligencia y la cultura nacionales. No solo mirada en conjunto su obra alcanza tal importancia sino por cada una de sus partes: Caro es el mejor traductor de obras clásicas, el más docto comentador de ellas, el más profundo conocedor de la estructura gramatical del latín, el más puro poeta y el más suelto y elegante prosista en esta lengua. A los ojos del vulgo, que no analiza, y gusta, con simplismo intuitivo y frecuentemente certero, de esquemmatizar y personificar, Caro es el símbolo del humanismo en Colombia, es todo el humanismo colombiano, en lo que vale y significa, en lo que es realmente y en lo que se cree que sea, en lo que se acata y en lo que se ataca. Ante el mundo, Caro es la expresión más representativa de Colombia; para el extranjero Colombia es la tierra de Caro, el traductor de Virgilio”.

Cor tanto, esta verdad que constituye una razón profunda de la latitud de Caro, hizo posible el homenaje que se rindió, cuando Germán Arciniegas, como embajador de Colombia, se preocupaba por enaltecer los valores auténticos de nuestra nacionalidad. Este pequeño libro que ahora recibimos nos llena en verdad de orgullo patrio.